

La Comédiathèque

Jean-Pierre Martinez

Nicotina

comediatheque.net

**Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita,
requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de
autor. Solicitar autorización:
<https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/>**

Nicotina

Jean-Pierre Martinez

Trabajar o no trabajar, esa es la cuestión. Durante una pausa para fumar, aunque sea con un cigarrillo electrónico, unos cuantos adictos al trabajo intercambian ideas entre nubes de humo.

Distribución muy flexible: cada intérprete puede asumir varios papeles.

Un espacio que recuerda a una terraza. Entran dos personajes, hombres o mujeres. Se ponen a fumar y se quedan absortos contemplando las volutas de sus cigarrillos, quizá electrónicos.

Yael – ¿Sabías que una partícula puede estar en dos sitios a la vez?

Alex – ¿Una partícula?

Yael – ¡Una partícula elemental! Un fotón, por ejemplo. Según la física cuántica, al menos.

Alex – ¿Seguro que eso que estás fumando es nicotina?

Yael – Que sí, hombre. Lo escuché ayer en la radio.

Alex – Pues a mí me vendría de perlas ser una partícula. Podría asistir a la reunión que me han encajado hoy a las cinco y, al mismo tiempo, recoger a mi hija del colegio.

Yael – Sería práctico eso de estar en dos sitios a la vez. Imagínate: un sábado por la mañana, haciendo cola en el supermercado con tu pareja y, al mismo tiempo, en la cama con tu amante en un hotelito rural.

Alex – Y al volver, la nevera llena. Nadie sospecharía nada.

Yael – Ni siquiera haría falta una coartada.

Alex – ¿Podríamos seguir hablando de infidelidad?

Yael – El adulterio exige simultaneidad. Nadie es infiel con alguien a quien conoció antes o después de casarse. Y la física cuántica describe un estado de la materia en el que la propia noción del tiempo queda suspendida.

Alex – Así que las partículas nunca son cornudas. Pues vaya suerte.

Yael – Sin tiempo no hay causalidad y, por tanto, tampoco culpabilidad.

Alex – No suena muy católico, todo esto.

Yael – Parece que Dios no tiene jurisdicción sobre lo infinitamente pequeño. La física cuántica es la teoría de la orgía universal.

Alex – Desafortunadamente, mis partículas no están sujetas a las leyes de la física cuántica.

Yael – Tienes razón... A nosotros nos rige más bien la ley de Murphy.

Alex guarda su cigarrillo electrónico.

Alex – De hecho, tengo que volver, porque no estoy seguro de que mi jefe esté muy versado en física cuántica. Te hará gracia, pero aún está convencido de que cuando estoy en pausa no estoy trabajando.

Yael – Eso demuestra su ignorancia. Si supiera el nivel intelectual de las conversaciones que tenemos durante las pausas para fumar...

Yael guarda también su cigarrillo.

Alex – Cada vez nos miran peor a los adictos a la nicotina. Pronto nos quitarán hasta la sala de fumadores.

Yael – Por eso, el lunes lo dejo.

Alex – Ya he oído eso antes.

Yael – No, no, te lo aseguro. Esta vez es la buena.

Alex – ¿Y por qué esperas hasta el lunes?

Yael – Esta noche tengo que recoger a mi suegra. Se queda todo el fin de semana con nosotros. Y créeme, un fin de semana con mi suegra no es el mejor momento para dejar de fumar.

Alex – Ya veo...

Yael – ¿Tú también tienes suegra?

Alex – Se puede elegir no casarse, pero no se puede elegir no tener suegra.

Yael – A menos que te cases con un huérfano...

Alex – Sin padres conocidos, a ser posible. Así ni siquiera habría que ir a poner crisantemos al cementerio por Todos los Santos...

Yael – Eso nos devuelve a la mecánica cuántica. Un gato puede estar vivo o muerto. Con las suegras pasa lo mismo...

Alex – ¿Un gato?

Yael – ¿Tampoco has oído hablar del gato de Schrödinger?

Alex – No.

Yael – Era un físico amigo de Einstein que puso en cuestión la física cuántica.

Alex – Y entonces, él tenía una suegra.

Yael – Otro día te lo explico. ¡Ah! Tengo que echar gasolina al coche. Como me quede tirado en la autopista yendo a buscar a mi suegra...

Salen. Entra un hombre, seguido poco después por una mujer. Se cruzan las miradas, pero es evidente que no se conocen y enseguida apartan la vista. El hombre saca un cigarrillo electrónico. La mujer hace lo mismo. Él finge buscar algo en los bolsillos y se acerca a ella.

Antonio – Disculpa, ¿tienes fuego?

La mujer parece desconcertada.

Clara – Pero si eso es un cigarrillo electrónico, ¿no?

Antonio – Es verdad. Perdona. Desde que dejé el tabaco, tengo que modernizar mis técnicas de ligue.

Clara – Si me permites, deberías haberlas modernizado a finales de los ochenta.

Antonio – Ten un poco de paciencia. Los hombres somos muy frágiles, ya sabes. No es tan fácil ser un hombre moderno.

Clara – Eso me recuerda a una canción que escuchaba mi madre.

Antonio – En realidad, solo intentaba hacerte reír. Pero veo que no ha funcionado.

Clara – Ah, ¿lo del fuego era un chiste? Pues enhorabuena. Muy gracioso. Me faltaba el manual de instrucciones... o un aviso que dijera: «Atención: chiste».

Antonio – A veces también soy gracioso sin querer. Es algo que me sale de forma natural. Incluso hay ocasiones en que entiendo mis propios chistes después de contarlos. ¿Hace mucho que lo dejaste?

Clara – ¿El qué? ¿Contar chistes?

Antonio – De fumar.

Clara – No, si yo nunca he fumado tabaco. Todavía. Vapeo para probar.

Antonio – ¿Para probar?

Clara – Para ver si realmente me gusta.

Antonio – Ah, ya...

Clara – Y si me gusta, empezaré a fumar cigarrillos de verdad, con tabaco de verdad. ¿Te parece absurdo?

Antonio – Para nada.

Clara – Y, sin embargo, es una auténtica tontería.

Antonio – Entonces, ¿ahora me estás tomando tú el pelo?

Clara – Exactamente. Pero, en mi caso, es completamente deliberado. Yo solo soy graciosa cuando quiero.

Antonio – Bueno, vamos empatados. A mí también me gustan las mujeres con sentido del humor. Reconozco que, al principio, temí que tú no tuvieras ninguno.

Clara – Qué alivio. Yo ya temía haberte decepcionado. Pero cuando dices que te gustan las mujeres con sentido del humor, ¿te refieres a que se rían de tus chistes, incluso de los involuntarios?

Él queda desconcertado por un instante.

Antonio – ¿Y si hacemos una pausa?

Clara – Iba a proponértelo. Después de todo, estamos aquí para eso, ¿no?

Ambos vapean por separado.

Antonio – No habría funcionado entre nosotros, de todos modos.

Clara – ¿Ya se ha terminado la pausa?

Antonio – Trabajamos en la misma empresa...

Clara – Dicen que una de cada tres personas conoce a su pareja en el trabajo.

Antonio – ¿Te imaginas llegar a casa juntos, a nuestro pisito de las afueras, y preguntarnos cómo nos ha ido el día, después de haber pasado las ocho horas en el mismo despacho?

Clara – ¿Trabajamos en la misma oficina?

Antonio – Vale, no te he llamado la atención. Pero si ni siquiera te has dado cuenta, deberías ponerte gafas.

Clara – Vuelvo a tomarte el pelo. Ya ves que aún podemos sorprendernos, aunque llevemos tres meses trabajando juntos en el mismo despacho.

Antonio – ¿Llevas aquí tres meses?

Clara – Prefiero pensar que es otro de tus chistes involuntarios. Si no, sería bastante ofensivo. Pero tienes razón: a la larga sería insoportable.

Antonio – Bueno, entonces solo veo una solución.

Clara – ¿Cuál?

Antonio – Dímelo.

Clara – No estoy segura de preferir salir con un parado de larga duración antes que con un compañero de oficina. Ni siquiera podrías pagar el alquiler del pisito de las afueras donde pensabas que íbamos a ser tan felices.

Antonio – Qué poco románticas podéis ser las mujeres.

Ella le sopla ostensiblemente el vapor de su cigarrillo en la cara.

Clara – Los príncipes azules no suelen ir en metro ni hacer cola en la oficina de empleo.

Guarda su cigarrillo electrónico.

Antonio – ¿Podríamos vapear juntos alguna vez?

Clara – Ya nos veremos. O quizá no.

Antonio – Te recuerdo que trabajamos en la misma oficina. Es poco probable que no nos volvamos a ver nunca.

Clara – Precisamente por eso sería mejor no arriesgarnos a acostarnos.

Ella se va. Él queda un momento perplejo. Sigue fumando un poco y luego se va también.

Llegan dos personajes, hombres o mujeres. Encienden un cigarrillo, posiblemente electrónico. Un silencio algo incómodo.

Claudio – ¿Lo conocías?

Domi – Sí, bueno... Así, de vista... Lo veía de vez en cuando aquí durante su pausa para fumar... ¿Y tú?

Claudio – Trabajaba en el despacho contiguo al mío.

Domi – Mmm...

Claudio – Si hubiéramos sospechado algo...

Domi – ¿Sospechado de qué?

Claudio – Pues de lo que le iba a pasar.

Domi – ¿Y qué habríamos hecho?

Claudio – No lo sé... Podríamos haber intentado algo...

Domi – Ah sí... ¿Y qué, por ejemplo?

Claudio – Tienes razón, no podríamos haber hecho nada.

Domi – Exacto.

Claudio – Es el destino.

Domi – Eso es. Y así no tenemos nada que reprocharnos.

Un momento. Fuman.

Claudio – Su mujer ha decidido incinerarlo. Eso es lo que él quería, parece.

Domi – Sí, claro...

Claudio – ¿Por qué? ¿Te lo había mencionado?

Domi – Se prendió fuego. Es razonable pensar que prefería la incineración.

Claudio – Mmm...

Domi – Y además, para la incineración, ya está hecho lo más duro.

Claudio – Pero no se prendió fuego a propósito. Fue un accidente.

Domi – Un accidente... Con semejante torpeza, casi podríamos hablar de un acto fallido.

Claudio – Encender un cigarrillo mientras se llena el depósito del coche con una garrafa de gasolina... Es casi un suicidio.

Domi – Sobre todo si lo haces en el arcén de una autopista. *(Una pausa.)* ¿El camión lo atropelló antes o después?

Claudio – ¿Antes de qué?

Domi – Antes de que ardiera como una antorcha.

Claudio – Después, creo. Empezó a correr como si quisiera cruzar la autopista. El camionero intentó esquivarlo, pero no pudo.

Domi – Menos mal que el camión no se incendió también.

Claudio – Era un camión de bomberos. Al menos tuvo suerte dentro de su desgracia: pudieron atenderlo enseguida.

Domi – Lamentablemente, ya era demasiado tarde.

Claudio – Qué idea cruzar así, sin mirar. Como un loco.

Domi – Claro que ya estaba envuelto en llamas.

Claudio – Vete tú a saber qué buscaba al otro lado de la autopista.

Domi – Eso... nunca lo sabremos...

Claudio – Se llevará el secreto a la tumba... Bueno, a la urna.

Domi – Por algo se habla del secreto de las urnas.

Claudio – ¿Tú crees?

Domi – No, estoy bromeando...

Claudio – Eso me parecía...

Domi – Pero tenías razón antes. Si hubiéramos sospechado algo, aún podríamos haber hecho algo.

Claudio – ¿Qué?

Domi – Podríamos haber intentado convencerlo de que dejara de fumar.

Claudio – ¡Los cigarrillos... deberían estar prohibidos! ¿Sabes cuántas personas mueren cada año por culpa del tabaco?

Domi – Bueno, él no murió directamente por los efectos nocivos del tabaco en la salud...

Claudio – Si no hubiera encendido una cerilla junto a la garrafa, después de quedarse sin gasolina en la autopista mientras iba a recoger a su suegra, hoy estaría aquí fumando con nosotros.

Domi – Es el destino, te digo. Bueno, ¿vamos?

Están a punto de irse.

Claudio – Dicen que encontraron un gato negro en la mediana de la autopista. A lo mejor fue eso lo que le dio mala suerte.

Domi – ¿Y el gato, sobrevivió?

Claudio – ¿El gato? No se sabe si está vivo o muerto.

Domi – Tal vez intentó cruzar las vías para salvar al gato...

Salen. Llega una mujer para fumar. Otra se une poco después. Intercambian una sonrisa educada. El teléfono móvil de la segunda suena y ella contesta.

Patricia – ¿Sí? Te dije que no me llamaras aquí. Ya sé que es un móvil, pero a estas horas sabes que estoy en la oficina. Lo hablamos luego, ¿vale? Y entre nosotros, a rey muerto, rey puesto... Tengo que dejarte. Ahora no puedo hablar, estoy en una reunión... No, ya te llamo yo.

Guarda su teléfono y mira incómoda a la otra que finge no haber escuchado nada.

Cristel – ¿Eres nueva? No te había visto por aquí.

Patricia – Llevo una semana. Antes trabajaba en la planta baja. Salía a fumar a la entrada del edificio. Pero trasladaron la empresa a otro país.

Cristel – Hay algo que no entiendo: las empresas se marchan a países donde la mano de obra es más barata, mientras la gente de esos países viene aquí en busca de trabajo.

Patricia – ¿Y tú?

Cristel – Llevo quince años.

Patricia – Vaya, quince años. Entonces estarás a gusto...

Cristel – Bueno... Cuando llegué, no pensaba quedarme tanto tiempo. Luego me faltó valor para buscar otra cosa. Y ahora no sé si habría alguien dispuesto a contratarme.

Patricia – Te entiendo. Un contrato laboral se parece bastante a uno matrimonial. Si mi ex no me hubiera echado de casa, no sé si yo habría tenido valor para irme. Por cierto, perdona lo de antes...

Cristel – ¿Era tu ex?

Patricia – Mi madre.

Cristel – Ya. De una madre es mucho más difícil separarse que de un ex...

Patricia – Por eso no existe la palabra «exmadre», supongo... Ha perdido a su gato.

Cristel – ¿Tu madre se llama Michelle?

Patricia – ¿La conoces?

La otra esboza una sonrisa.

Cristel – No, lo decía por la canción infantil de la madre Michel, la que perdió a su gato.

Patricia – Perdona, hoy estoy un poco espesa... ¡Es que mi madre se llama Michelle de verdad! Por eso pensé que... Recoge a todos los gatos callejeros del barrio. El problema es que no son muy caseros: tarde o temprano se escapan por los tejados.

Cristel – Como los hombres.

Patricia – Parece que sabes de lo que hablas...

Cristel – Yo voy coleccionando hombres un poco perdidos, de esos que parecen no saber dónde viven. Me sale la madre Teresa que llevo dentro. Los recojo, los mimo,

los cuido... Hasta que empiezan a ronronear. Pero también ellos, después de entrar por la puerta, acaban escapándose por la ventana.

Patricia – Sí... (*Mira disimuladamente el reloj.*) No quiero entretenerme mucho. Todavía estoy en periodo de prueba.

Cristel – Yo también tengo que volver. ¿Y si salimos a tomar algo una noche de estas?

Patricia – ¿Por qué no? Llevo unos días libre como un pájaro.

Cristel – Así que sí hay un ex.

Patricia – Pero de ese me libré sin problema. Por lo visto, los hombres se consumen de amor por mí.

Cristel – Qué suerte tienes...

Patricia – Murió calcinado en la autopista.

Cristel – Lo siento mucho.

Patricia – De todos modos, no habría funcionado. Estaba casado y era muy casero.

Cristel – Qué mal repartido está el mundo. Los hombres caseros nunca están en casa con nosotras... Bueno, hasta luego.

Ella se va. La otra fuma un poco más y luego se va también. Llega un personaje, hombre o mujer. Se quita los zapatos, mocasines o tacones de aguja, y se acerca al borde del escenario, como si estuviera al borde de un abismo en el que considera saltar. Otro personaje, hombre o mujer, llega detrás de él y se queda desconcertado.

Ángel – Señor presidente...

El otro se vuelve.

Presidente – A veces me pregunto si no deberíamos acabar con todo esto. ¿No le pasa?

Ángel – ¿Se refiere a dejar de fumar?

Presidente – Francamente, ¿para qué todo esto?

Ángel – No lo sé, señor presidente...

Presidente – Es la crisis, amigo mío. El mercado del calzado está en caída libre. La empresa está al borde del abismo. Solo nos queda dar un paso.

Ángel – Yo... No sea tan pesimista, señor presidente. Parece que hay algún indicio de recuperación.

Presidente – ¿Un indicio de recuperación? ¿Eso le parece a usted una recuperación? ¡Pero si es fiebre, amigo mío, fiebre! ¿Cree usted en Dios?

Ángel – No especialmente.

Presidente – Pues yo voy a sorprenderle: creo en Dios.

Ángel – ¿De verdad?

Presidente – Desde hace poco, eso sí. Antes solo creía en los índices bursátiles. Pero después de las últimas elecciones se me hizo evidente. Si Dios no existe, ¿cómo explicar semejante resultado?

Ángel – ¿Se refiere a las elecciones del Gobierno?

Presidente – ¡A esas mismas! Los políticos se suceden como los papas. Deberían numerarlos: primero, segundo, tercero... Así por lo menos sabríamos de cuál hablan.

Ángel – Sería más práctico, desde luego.

Presidente – Los gobernantes llegan al poder por la gracia de Dios, igual que los reyes. He llegado a esa conclusión. *(Solemne.)* Dios existe, amigo mío. ¡Y ha jurado acabar con nosotros!

Se aleja del borde del escenario, descalzo.

Presidente – ¿Ha oído hablar de las sandalias de Empédocles?

Ángel – Las sandalias de... No, señor presidente. Pero si quiere, puedo estudiar el asunto.

Presidente – Amigo mío, si algún día encuentra mis zapatos al borde de este volcán, ya sabrá dónde buscarme.

Ángel – ¿Dónde, señor presidente?

Presidente – Abajo, amigo mío. ¡En la caldera del infierno!

Ángel – Muy bien, señor presidente. *(Suena su móvil.)* Perdona un instante... ¿Sí? Sí, sí... Ahora no puedo hablar... *(Baja la voz, alejándose un poco.)* Estoy con el presidente... *(Mientras habla, el presidente se aleja discretamente y deja allí sus zapatos.)* Vale, te llamo en cinco minutos.

Guarda su teléfono móvil y, al no ver al Presidente, se queda perplejo por un instante. Se inclina hacia el borde del escenario para mirar hacia abajo.

Otro personaje, hombre o mujer, llega y también comienza a fumar. El primero se vuelve y se sorprende al verlo.

Luca – ¿Estás bien?

Ángel – Eh... Sí, sí...

Luca – ¿En qué estás trabajando ahora?

Ángel – En... las sandalias de Empédocles. ¿Te suenan?

Luca – He oído hablar un poco de ellas, sí.

Ángel – ¿Y sabes a quién pertenecen?

Luca – Las sandalias de... Pues de él, ¿no?

Ángel – ¿De quién?

Luca – De Empédocles.

Ángel – Ah, claro.

Luca – ¿Por qué?

Ángel – No sé... Una corazonada... Que quede entre nosotros, pero tengo la impresión de que esto va a subir.

Luca – ¿Subir? ¿Las sandalias de Empédocles?

El otro vuelve a mirar los zapatos.

Ángel – Por otra parte, creo que aquí pronto habrá un problema de liderazgo. Yo vendería. Pero ni una palabra a nadie, ¿eh?

Ángel se marcha. Luca lo ve alejarse, intrigado. Al cabo de un momento descubre los zapatos al borde del escenario, se acerca y mira hacia abajo. Saca su móvil y marca un número.

Luca – Sí, soy yo. Oye, vende inmediatamente todas las acciones que tenemos de... *(Entra otro hombre y se interrumpe.)* Espera, luego te llamo.

Luca se va y Alain se queda solo en escena.

Alain – Con filtro... o sin filtro.

Llegan dos mujeres, una rubia y otra morena.

Alain – Rubia... o morena.

Las dos mujeres continúan su conversación sin prestarle atención.

Amalia – Entonces le dije, ¿pero tú te estás burlando de mí?

Nuria – ¿Y qué te contestó?

Amalia – ¿Y qué querías que me dijera?

Nuria – ¿No respondió nada?

Amalia – ¿Y a ti qué te dijo?

Nuria – Lo mismo.

Amalia – ¡No me lo puedo creer!

Nuria – Te lo aseguro.

Amalia – Pero es increíble. ¿De verdad te dijo eso?

Nuria – Me quedé de piedra.

Amalia – Hombre, no me extraña. Pero ¿quién se cree que es?

Nuria – Hay que ponerlo en su sitio de vez en cuando, porque si no...

Amalia – Te lo juro, es que hay cada uno...

El hombre adopta una pose teatral y declama como un actor shakespeariano.

Alain – Fumar... o no fumar.

Por fin, las dos mujeres se fijan en él e intercambian una mirada desconfiada.

Alain – Esa es la cuestión... Señoras... Que tengan un buen día.

Esbozan una sonrisa vaga, pero no le contestan. Él sale.

Nuria – ¿Quién es ese? ¿Lo conoces?

Amalia – Lo he visto una vez o dos.

Nuria – Se da unos aires, ¿verdad?

Amalia – Ya te digo.

Nuria – ¿Se cree Alain Delon o qué?

Amalia – Está claro que no es Alain Delon.

Nuria – ¿Sabes dónde trabaja?

Amalia – Creo que en el quinto.

Nuria – ¿En el quinto? ¿Qué hacen en el quinto?

Amalia – Lo mismo que en el sexto, supongo.

Nuria – Ah, ya... Conque se da esos aires.

Fuman un instante.

Amalia – Bueno, la verdad es que no está mal...

Nuria – Ya te digo.

Amalia – No es Alain Delon, pero...

Nuria – Hay que ser realistas, es poco probable que veamos a Alain Delon por aquí algún día.

Amalia – Eso está claro...

Comienzan a irse.

Nuria – ¿Y dices que trabaja en el quinto?

Amalia – Creo que sí.

Nuria – ¿Pero Alain Delon no murió?

Salen. El Presidente regresa acompañado de otro ejecutivo, hombre o mujer. El presidente está descalzo.

Sasha – ¡Increíble! ¡Las acciones de la empresa han caído un veinte por ciento en dos horas!

Presidente – Sí, lo sé.

Sasha – No parece preocuparle...

Presidente – Una bajada de cotización también puede ser una oportunidad. He comprado el diez por ciento del capital cuando las acciones estaban por los suelos. *(Consulta su móvil.)* De hecho, ya han recuperado un quince por ciento.

El otro también mira su pantalla de teléfono.

Sasha – Al parecer, todo venía de un rumor sobre la muerte del presidente...

Presidente – Un rumor infundado, como puede ver. ¡Nunca me había encontrado tan bien!

El otro lo mira con sospecha.

Sasha – ¿Y sus zapatos?

Presidente – ¿Mis zapatos?

El Presidente finge ver sus zapatos, que había dejado intencionalmente antes en el borde del escenario.

Presidente – ¡Aquí están! Pensaba que los había perdido para siempre.

Se acerca al borde del escenario y se pone los zapatos. Luego golpea el hombro del otro.

Presidente – Es un milagro, amigo mío. Créame, Dios existe.

Salen. Entran otros dos personajes, hombres o mujeres. El segundo se ríe a carcajadas y seguirá haciéndolo durante toda la escena.

Max – ¿Qué te hace tanta gracia?

Pat – ¿No te lo he dicho?

Max – No. ¿Te vas de vacaciones?

Pat – Me voy de la empresa. Para siempre.

Max – ¿Te han despedido?

Pat – ¡Mejor que eso!

Max – ¿Has ganado la lotería?

Pat – Me han diagnosticado una enfermedad genética rarísima. Los médicos llevaban meses sin saber qué tenía y por fin han dado con ella. Un caso entre veinte millones. ¿Te lo puedes creer? Esta noche empiezo una baja de larga duración.

Max – Ah, ya entiendo tu alegría. Mucho mejor que ganar la lotería, desde luego.

Pat – Pero no es una enfermedad mortal, ¿eh? Lo que pasa es que... me provoca una euforia constante.

Max – Ah, sí...

Pat – No dejo de reír desde la mañana hasta la noche.

Max – Claro, con nuestro trabajo puede ser un problema.

Pat – Imagínate que le digo a un cliente: «Este ataúd es de roble macizo. Es más caro, por supuesto, pero es lo mejor que tenemos...» ¡Y me pongo a reír a carcajadas!

Max – Desde luego, en una funeraria la risa incontrolable puede ser una enfermedad profesional... ¿No puedes evitarlo?

Pat – Te digo que es genética. Una enfermedad rara. Y sin tratamiento.

Max – ¿Y cómo lo lleva tu familia?

Pat – Fatal. Llevábamos veinte años sin hablarnos, y de pronto me paso el día riendo. Mis amigos, igual. Todos creen que me estoy burlando de ellos.

Max – Y ahora mismo, ¿estás seguro de que no te estás burlando de mí, por casualidad?

Pat – No, te lo juro.

El otro guarda su cigarrillo electrónico.

Max – Bueno, se acabaron las bromas. Tengo que volver al trabajo. Y eso sí que no tiene ninguna gracia. Que te diviertas.

Pat – Pero espera...

Pat se echa a reír. Max se aleja, molesto. Entran dos mujeres.

Isabel – ¿Por qué se ríe tanto ese? Parece enfermo.

Carmen – Pues no tiene ninguna gracia.

Pat prefiere marcharse.

Isabel – A veces, te juro que dan ganas de matarlo.

Carmen – ¿A quién?

Isabel – ¡El jefe!

Carmen – Ah, sí...

Isabel – ¿Sabes que se pone de mal humor cuando le digo que me tomo un descanso para fumar?

Carmen – Igual está preocupado por tu salud.

Isabel – Sí, hombre. ¿Quién se habrá creído que es? Hasta los galeotes descansaban de vez en cuando.

Carmen – ¿Tú crees?

Isabel – Bueno, no somos esclavos tampoco.

Carmen – Está claro. *(Le ofrece un cigarrillo.)* ¿Quieres uno?

Isabel – No, gracias, he dejado de fumar.

Carmen – ¿Has dejado de fumar?

Isabel – Sí... También por eso estoy un poco nerviosa, ¿sabes?

Carmen – Y sigues haciendo la pausa para fumar...

Isabel explota.

Isabel – ¡No me digas que tú también!

Carmen – ¿Qué? ¿Qué he dicho?

Isabel – ¡Que haya dejado de fumar no significa que vaya a renunciar a mi pausa!

Carmen – Sí, no, pero no he dicho eso.

Isabel – ¡La pausa para fumar es un derecho conquistado, joder!

Carmen – Sí, sí, claro. Seguro. Sí.

Isabel – ¡Me tenéis todos hasta las narices!

Se va. La otra la sigue.

Carmen – No, espera, podemos seguir hablando...

Isabel – ¡Que como sigáis así, vuelvo a fumar! ¿Es eso lo que queréis?

Salen. Entran dos personajes, hombres o mujeres, y se ponen a fumar.

Kim – ¿En qué planta trabajas?

Sam – En el quinto...

Kim – ¿Y qué empresa hay en el quinto?

Sam – Lo mismo que en el cuarto.

Kim – Ah, ya. Importación-exportación.

Sam – Últimamente, sobre todo importación.

Kim – Sí, porque ¿qué podríamos exportar todavía?

Sam – Ya...

Kim – No sé...

Sam – Nuestros políticos, quizá. De esos nos sobran.

Kim – Es cierto que, a diferencia del petróleo, de eso no nos falta.

Sam – Los senadores son la única fuente de energía que es a la vez fósil y renovable periódicamente.

Kim – En este país, los políticos son como el gas de esquisto: tenemos grandes reservas, pero no se puede tocar a ninguno. Ni siquiera sé para qué sirven muchos de ellos.

Sam – Para elegir a los demás, supongo.

Kim – Demasiados cargos electos acaban con la democracia... ¿Y qué tipo de productos importáis?

Sam – Un poco de todo, pero estamos especializados en productos financieros.

Kim – ¿Productos financieros?

Sam – Importamos capital.

Kim – ¿Para qué?

Sam – Para pagar todo lo demás que importamos.

Kim – Ah, vale... ¿Pero con qué pagamos esos capitales que importamos?

Sam – Antes se llamaban pagarés. Ahora, en la jerga financiera, les dan nombres mucho más sofisticados, pero en el fondo no dejan de ser reconocimientos de deuda.

Kim – O sea que importamos todo lo que consumimos y solo exportamos nuestras deudas.

Sam – Exacto.

Kim – Pero ¿por qué compran nuestra deuda los países que nos venden sus productos?

Sam – Para que tengamos con qué pagarles. De lo contrario no podrían exportar, y se hundiría el sistema.

Kim – Ya... Pero ¿por qué esos países pobres no consumen lo que producen en vez de exportarlo a países ricos que no tienen dinero para pagarlo?

Sam – Precisamente porque son pobres. El nivel de vida es muy bajo, la desigualdad enorme y no hay clase media ni mercado interior. Los trabajadores ni siquiera pueden comprar lo que producen.

Kim – Es un poco paradójico, ¿no?

Sam – Así funciona. Pregúntale a cualquier economista.

Kim – Aún no sé cómo no se nos ha ocurrido guillotinar a unos cuantos...

Sam – ¡Vaya! ¿Eres de los antiglobalización?

Kim – Es mi lado Che Guevara...

Sam – ¿Y tú en qué planta trabajas?

Kim – En el decimotercero. Trabajo para una ONG.

Sam – Creía que este edificio solo tenía doce plantas.

Kim – Y las tiene. Pero yo trabajo para una ONG ficticia.

Sam – Ah, vale...

Kim – De hecho, tengo que volver.

Llega una anciana que se parece mucho a la muerte.

Sam – ¿Quién es ella?

Kim – La dueña. No suele dejarse ver por aquí...

Sam – ¿La propietaria de esta torre?

Kim – De esta torre y de todas las empresas que hay dentro.

Sam – Hasta las empresas ficticias...

Kim – Es la accionista mayoritaria del grupo propietario de todo esto. Antes pertenecíamos a fondos de pensiones, pero ahora que han suprimido las pensiones...

Sam – Entonces, ¿todos trabajamos para ella?

Kim – Sí.

Sam – Espero que al menos merezca la pena...

Se va. El otro lo sigue. Llegan dos personajes más.

Jo – ¿Sabes algo de él?

Nic – Ha muerto.

Jo – Joder... O sea que al final era más grave de lo que parecía. No sabía que uno pudiera morir de risa.

Nic – Murió de agotamiento. Se reía a todas horas, de día y de noche. Ya no podía dormir. Al final le falló el corazón. Apenas pudo disfrutar de su baja.

Jo – ¿Y los médicos no pudieron hacer nada para salvarlo?

Nic – Lo intentaron todo para que dejara de reír. Incluso llevarlo al teatro. Pero la enfermedad estaba demasiado avanzada...

Se oye el ruido atenuado de una alarma de incendios. Llega una tercera persona, afligida y en ropa interior.

Mat – ¡Hay fuego en la planta baja!

Jo – ¿Fuego?

Mat – Trabajo en la primera, pero había subido a la séptima para... Bueno, he preferido refugiarme en la última planta. A lo mejor nos rescatan en helicóptero antes de que el fuego llegue hasta aquí.

Nic – Tú ves demasiada televisión...

Mat – ¡Dios mío, me he dejado todos los expedientes en el despacho! Y la empresa no está precisamente boyante. Las acciones están por los suelos...

Jo – En cualquier caso, si acabamos todos calcinados...

Nic – Si quieres, grabaremos en tu lápida el logotipo de la empresa, con el epitafio «Muerto por las finanzas».

Mat – Tienes razón... Si salimos de esta, prometo no volver a tomarme el trabajo tan a pecho. Al fin y al cabo, solo se vive una vez.

Jo – Salvo los gatos, que tienen siete vidas...

El segundo echa un vistazo a la pantalla de su móvil para leer el mensaje de texto que acaba de recibir.

Nic – Acabo de recibir un mensaje de un compañero de la primera planta.

Mat – ¿Los bomberos han sido avisados?

Nic – Solo era un simulacro de incendio.

Mat (*haciendo la señal de la cruz*) – Gracias a Dios...

Jo – Sí... Casi parece un milagro...

Mat – Tengo que volver enseguida. Mi jefe se preguntará dónde me he metido.

Se va.

Nic – Enseguida volvemos a dejarnos atrapar por la rutina...

Jo – Sí.

Nic – Deberíamos habernos rebelado ya en la guardería.

Jo – Sí... Jesucristo también debería haberse rebelado.

Nic – Debería haber mandado a paseo a sus padres, liquidado a los Reyes Magos y haberse largado con el burro.

Jo – Total, él tenía superpoderes.

Nic – Ya. Pero nosotros no.

Jo – Por eso, desde la guardería, no dijimos ni pío.

Nic – Y luego vino el colegio.

Jo – Nos dimos cuenta de que ya nos aburríamos a jornada completa, pero nos dijimos que todo mejoraría al terminar los estudios.

Nic – Después empezamos a trabajar y nos dijimos que todo mejoraría cuando nos jubiláramos.

Jo – Y justo entonces suprimieron las pensiones.

Empiezan a irse.

Nic – Por cierto, ¿qué te parece la nueva?

Jo – ¿La nueva?

Nic – Anda, no me digas que no te has fijado...

Se van. Llega un personaje solo.

Ben – No era ningún simulacro. Fui yo. Quería fumar un porro a escondidas en los aseos, como cuando iba al instituto. Entonces nuestro único detector de humo era el jefe de estudios. Ahora es el Gran Hermano, con sensores por todas partes. Y aquí estamos: a nuestra edad, todavía tenemos que escondernos para fumar.

Enciende un porro y fuma.

Ben – Vaya mierda... No esperaba que me tocara la lotería. Ni siquiera juego. Además, eso es demasiado azar, algo que uno no se ha ganado. Me bastaba con un empujoncito del destino, un golpe de suerte que me facilitara un poco la vida. No demasiado: lo justo para poder decirme que había tenido suerte, sí, pero que también me lo merecía. Sin embargo, la suerte no existe. Tampoco los milagros. O quizá no supe aprovechar la oportunidad cuando se presentó. Por eso fumo. Para ver la vida de color de rosa. Como en la canción de Édith Piaf, aunque ella al menos consiguió convertirlo en un éxito...

Llega otro personaje.

Ben (ofreciéndole su porro) – ¿Te apetece?

Charlie – Gracias, lo dejé. (*Empieza a vapear.*) ¿A qué te dedicas?

Ben – A varias cosas. Pero, en conjunto, diría que sobre todo estoy metido en la mierda. ¿Y tú?

Charlie – Soy... Bueno, era contable. Mi jefe acaba de pillarme con su secretaria en los aseos de la oficina.

Ben – ¿El reglamento de tu empresa prohíbe acostarse con la secretaria del jefe?

Charlie – Solo si el jefe ya se acuesta con ella.

Ben – Entiendo. Derecho de preferencia. Así que te han despedido.

Charlie – Sin preaviso. Tengo que vaciar mi mesa antes de esta noche.

Ben – ¿Y qué vas a hacer?

Charlie – Pues ¿sabes una cosa? Creo que este despido es una oportunidad.

Ben – ¿Ah, sí? Entonces eres de los que ven el lado positivo...

Charlie – No me habría atrevido nunca a dimitir. Voy a montar mi propia empresa.

Ben – Una empresa de contabilidad, supongo.

Charlie – Cuando sales de la cárcel no sueñas con hacerte carcelero. No. Voy a abrir un restaurante. Siempre me ha atraído la idea, aunque no sé cocinar.

Ben – Bueno, saber cocinar ayuda bastante si vas a dedicarte a la restauración...

Charlie – ¿Tú trabajas en restauración?

Ben – En informática.

Charlie – Entonces entiendo que necesites fumar eso...

Ben – Informática y libertad. Trabajo en protección de datos.

Charlie – Qué curioso... «Informática y libertad». Hay palabras que juntas suenan contradictorias.

Ben – A veces me pregunto si no debería quedarme solo con la libertad.

Charlie – Voy a necesitar un cocinero. ¿Sabes cocinar?

Ben – Sé hacer pasta.

Charlie – Pues podríamos abrir un restaurante italiano.

Ben – ¿Dónde piensas abrirlo?

Charlie – En el sur... Puestos a elegir... Si voy a acabar arruinado, al menos que sea bajo el sol.

Ben – Y además, cuando montas un restaurante, al menos tienes la seguridad de no morir de hambre.

El otro se prepara para irse.

Charlie – Voy a meter mis cosas en una caja, como en las series estadounidenses, y me largo.

Ben – Te acompaño abajo...

Charlie – ¿Al Sur?

Ben – Al ascensor, para empezar.

Salen. Llegan un hombre y una mujer. Vapean un momento en silencio.

Juan – ¿Qué tal?

Celia – Bien.

Juan – ¿Vamos al cine?

Celia – ¿Esta noche?

Juan – Claro, esta noche.

Celia – ¿Qué hay en cartelera?

Juan – No lo sé, tendría que mirarlo. Luego lo miro.

Celia – Si quieres, después podemos ir a cenar.

Juan – No sé...

Celia – Si no, he hecho la compra.

Juan – Vale.

Se acerca al borde del escenario y mira a lo lejos.

Juan – Nunca me había fijado en que desde aquí se ve el edificio donde vivimos.

Celia – ¿No?

Ella se acerca.

Juan – ¡Mira! Justo al otro lado de la circunvalación.

Celia – No lo veo...

Él señala con el dedo.

Juan – A la derecha de la central térmica. El edificio que tiene el tejado cubierto de antenas. ¡Ahí vivimos!

Celia – Ah, sí, tienes razón. Es curioso.

Juan – Sí.

Observan el espectáculo en silencio por un instante.

Juan – Estoy pensando en cambiar de trabajo.

Celia – Ah, ¿sí? Pues sí...

Juan – Para salir un poco de la rutina.

Celia – Pero cuando dices cambiar de trabajo...

Juan – Ah, no, me quedaré en el mismo sector, tranquila.

Celia – Quieres decir cambiar de empresa.

Juan – Me han dicho que hay una plaza libre de informático en otra empresa.

Celia – ¿Dónde?

Juan – En la tercera planta.

Celia – Ah, vale...

Juan – Podríamos seguir tomando juntos las pausas.

Celia – Si crees que es mejor.

Juan – Bueno, vamos a volver.

Celia – Vale...

Se van. Vuelve el Presidente acompañado de otro personaje, hombre o mujer.

Presidente – Y ahora que se jubila, amigo mío, ¿a qué va a dedicarse?

Dany – Oh, ya sabe, no voy a tener tiempo de aburrirme.

Presidente – ¿Eso cree?

Dany – Haré todo lo que no he tenido tiempo de hacer hasta ahora.

Presidente – ¿Cómo qué?

Dany – No lo sé...

Presidente – ¿Ir de pesca?

Dany – Por qué no, sí...

Presidente – Se va a aburrir como una ostra, ya lo verá.

Dany – Al principio, quizás un poco.

Presidente – El trabajo crea más adicción que el tabaco. No habría que empezar nunca. Luego ya es demasiado tarde.

Dany – Entonces tomaré la jubilación como una desintoxicación.

Presidente – La jubilación no debería existir. De hecho, casi ha desaparecido. Puede que sea usted el último en disfrutar de ese disparate.

Dany – ¿Lo cree?

Presidente – Hoy la gente vive más de cien años y muere con una salud estupenda. ¿Usted se siente viejo?

Dany – Dios mío...

Presidente – Ya, no tiene la energía de alguien de veinte años y nos sale bastante más caro, pero podríamos encontrarle una ocupación de poca responsabilidad, con el salario mínimo. Incluso como voluntario. ¿Qué le parecería trabajar en el comedor? Nos falta gente para fregar platos.

Dany – Pues...

Presidente – ¡Que es broma, hombre! Usted se cree todo lo que le dicen. *(Se acerca al borde del escenario.)* Qué vistas tan magníficas. Nunca me había fijado...

El otro se acerca por detrás con los brazos extendidos para empujarlo. Pero el Presidente se gira y interpreta su gesto como un intento de beso.

Presidente – Vamos, hombre, no se ponga sentimental.

Lo abraza por un instante.

Presidente – Lo echaremos de menos. Ya no se hacen personas como usted, por suerte. Disfrute de su jubilación, que bastante nos cuesta.

Dany – Gracias, señor presidente.

El presidente comienza a alejarse.

Dany – ¡Señor presidente!

Presidente – ¿Sí?

Dany – ¡Mierda!

Presidente – ¿Como en el teatro? Gracias por desearme suerte, amigo mío.

El Presidente se va.

Dany – Ni siquiera he conseguido mandarlo a la mierda antes de irme...

Sale. Llegan dos personajes, hombres o mujeres. Empiezan a vapear.

Micky – ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Rafa – Es mi primer día. ¿Y tú?

Micky – Yo también. Y creo que será el último.

Rafa – ¿Eres temporal?

Micky – No, acabo de mandar a la mierda a mi jefe.

Rafa – Tendrías que haber esperado al final del periodo de prueba.

Micky – Esperar no va conmigo. Soy impulsivo.

Rafa – ¿Y ahora qué vas a hacer?

Micky – Puede que me vaya al extranjero.

Rafa – ¿Ah sí? ¿A dónde?

Micky – A China, quizá.

Rafa – ¿Hablas chino?

Micky – Aprenderé. Ahora todo pasa en China, ¿no?

Rafa – Sí, tal vez.

Micky – ¿Comemos juntos al mediodía? Voy a gastar mis últimos vales de comida...

Rafa – Vale.

Micky – Comeremos chino.

Rafa – Así podrás empezar a aprender el idioma.

Se van. Llegan otros dos y se ponen a fumar.

Fred – ¿Qué tal?

Al – Bien... Bueno, en realidad, no.

Fred – ¿Qué pasa? ¿Problemas personales?

Al – Ninguno. Si es que ni siquiera tengo vida personal.

Fred – Entonces, ¿qué te pasa?

Al – No sé... Me siento vacío. Fuera de lugar. Es como si, mientras estoy aquí, mi vida transcurriera en otra parte. Sin mí. ¿Te ha pasado alguna vez?

Fred – Es una mala racha. Quizá deberías ir al médico, te dará algo. No conviene tomarse estas cosas a broma.

Al – Tranquilo, hace mucho que no me río. Ya ni recuerdo la última vez.

Fred – ¿Y qué vas a hacer? No cometerás una locura, ¿verdad? Digo... como dimitir.

Al – No sé... La vida es extraña. Al principio crees que tienes problemas, pero que los resolverás uno tras otro y entonces estarás tranquilo. Luego descubres que, cuando solucionas unos, aparecen otros. Y que siempre quedará alguno por resolver. Hasta que un día comprendes que esos problemas dejarán de ser tuyos. Sencillamente porque ya no estarás aquí. Creo que he llegado a esa edad. No te da serenidad, pero sí cierta distancia. Por cierto, ¿sabías que ha muerto Chéreau?

Fred – No me digas que eso es lo que te tiene así... ¿Lo conocías?

Al – No.

Fred – No sabía que te interesara tanto el teatro.

Al – Si yo no voy nunca.

Se van. Llegan otros dos.

Mok – ¿Te has enterado? Ha muerto Patrick Chéreau, el director de teatro.

Zac – Patrice.

Mok – ¿Qué?

Zac – Patrice Chéreau.

Mok – Cáncer de pulmón. El tabaco es una auténtica porquería. A Gainsbourg le pasó algo parecido. Si hubieran fumado menos y hecho más deporte, quizá aún estarían aquí.

Zac – Y si Hendrix hubiera tocado el violín en una orquesta sinfónica, también seguiría vivo.

Mok – Me pregunto qué estaría haciendo ahora...

Zac – Jugando al Scrabble en una residencia con Jim Morrison, James Dean y Janis Joplin.

Mok – Es verdad, sería rarísimo... ¿Tú crees que merece la pena dejar de fumar?

Zac – Todos esos habían llegado a la cima de su arte. Nosotros ni siquiera sabemos en qué podríamos destacar.

Mok – Si fuéramos genios, ya nos habríamos enterado.

Zac – Cervantes escribió el Quijote pasados los cincuenta. Todavía hay esperanza.

Mok – ¿O sea que hay que ser un genio para tener derecho a arruinarse la salud?

Zac – Qué quieres que te diga... Algunos nacimos para perder.

Se van. Llegan un hombre y una mujer.

Gina – ¿Ya no fumas?

Alain – Lo he dejado.

Gina – Está bien.

Él se prepara una raya de cocaína y la esnifa.

Alain – En cambio, he vuelto a la cocaína.

Alain sale. Gina se queda. Entra otra mujer.

Blanca – Hola.

Gina – Hola.

Blanca – No consigo dejarlo.

Gina – Yo tampoco.

Blanca – Es el trabajo. Me estresa y fumo para relajarme.

Gina – Pues tendrías que dejar el trabajo.

Blanca – Seguro, pero no sé si me costaría todavía más dejar de trabajar.

Gina – El trabajo es una droga dura. Debería estar prohibido.

Blanca – Sí. ¿A qué te dedicas?

Gina – A reclamaciones... *(Ante la expresión perpleja de la otra.)* Cobro de deudas y cosas así.

Blanca – Qué bien. ¿Te gusta?

Gina – Desde pequeña soñaba con acosar a pobres personas endeudadas y sacarles sus últimos ahorros para que paguen créditos de cosas que ni siquiera necesitaban.

Blanca – Ya veo...

Gina – ¿Y tú? ¿También trabajas por el bien de la humanidad?

Blanca – Soy asesora bancaria. Debería estar prohibido llamar asesores a los comerciales del banco. No estamos para aconsejar, sino para vender productos.

Gina – Sí... Mi proveedor de internet me llama todas las noches para preguntarme si necesito algo. Es el único que parece preocuparse por mí.

Blanca – ¿Has visto cuántas empresas de ayuda a domicilio están abriendo, al lado de las tiendas de cigarrillos electrónicos?

Gina – ¿Ayuda a domicilio?

Blanca – Limpieza, cocina, conversación...

Gina – ¿Ahora también hay que pagar para hablar con alguien?

Blanca – Tranquila, conmigo es gratis. De momento.

Gina – ¿Te acuerdas de cuando los bancos y buena parte de los servicios básicos eran públicos?

Blanca – Yo era demasiado joven, pero algo me han contado.

Gina – Dicen que incluso existía un ministerio dedicado a planificar la economía.

Blanca – ¿Antes de la caída del Muro del Atlántico? ¿Cuando este país parecía comunista?

Gina – Y lo gobernaba un general.

Blanca – Hasta las autopistas de peaje eran públicas. Por lo menos sabías quién te estaba tomando el pelo.

Gina – Vivimos en una época extraña...

Blanca – Bueno, tengo que volver al trabajo. Gracias, charlar contigo me ha levantado el ánimo.

Se van. Antonio vuelve. Poco después llega Clara.

Clara – ¿Todavía estás aquí?

Antonio – No me espera nadie en casa. A ti tampoco, por lo que veo.

Clara – No.

Antonio – Pero hoy es la última vez que hago horas extras. Me quedan unos asuntos por cerrar antes de irme.

Clara – ¿Irte?

Antonio – He presentado mi dimisión.

Clara – Espero que no sea por mi culpa.

Antonio – ¿Y por qué iba a ser por tu culpa?

Clara – ¿Para evitar que trabajemos en la misma empresa en el improbable caso de que acabemos acostándonos? Pues sería una lástima. No hacía falta.

Antonio – ¿Tan segura estás de que nunca nos acostaremos?

Clara – Sobre todo porque estoy aquí de forma temporal. Mi contrato acaba esta misma noche...

Antonio – O sea, que los dos nos quedamos sin trabajo.

Clara (*irónica*) – Nada se interpone ya en nuestro amor...

Él la besa y ella se deja llevar.

Antonio – He modernizado un poco mis técnicas de ligue. Y he dejado de contar chistes.

Clara – Ya veo. Ahora vas en serio.

Antonio – Digamos que soy más directo.

Clara – No me molesta.

Antonio – Está anocheciendo. Pronto podremos ver las estrellas.

Clara ve algo contra una de las paredes de la terraza, que puede permanecer invisible.

Clara – ¿Y esas placas que hay en la pared?

Antonio – Ah, claro, no lo sabías. Como eres temporal... Son epitafios.

Clara – ¿Epitafios?

Antonio – Algunas empresas ofrecen guarderías para los hijos de sus empleados. Pues los propietarios de esta torre ofrecen un jardín del recuerdo para las cenizas de los trabajadores fallecidos.

Clara – ¿Un jardín del recuerdo?

Antonio – Bueno, una terraza del recuerdo. Sus familiares pueden esparcir las cenizas desde lo alto de la torre. Y, si no, se encarga el jefe.

Clara – ¿Y esta terraza del recuerdo también es la zona de fumadores?

Antonio – Con lo caro que está el suelo urbano... Además, nuestros difuntos fumadores pueden imaginar que siguen haciendo una pausa.

Clara – Una pausa definitiva.

Antonio – El tabaco ha contribuido mucho a resolver definitivamente el problema de las pensiones...

Clara – Y el cementerio se ha convertido en una dependencia más de la oficina. ¿Qué dicen esas lápidas?

Antonio se acerca para leer algunas.

Antonio – A ver... (*Lee.*) «Ahora estoy muy ocupado, pero ya hablamos». «No estoy, deja tu mensaje». «El cambio es ahora». «Mañana dejo de fumar».

Clara – Qué edificante...

Antonio – Escucha esta: parece un aforismo. «A diferencia de las partículas, los testículos no pueden estar en dos sitios a la vez».

Intercambian una mirada.

Clara – Este sitio es muy romántico, pero quizá no deberíamos eternizarnos aquí.

Antonio – ¿Puedo fumar un último cigarrillo?

Clara (*decidida*) – Si quieres venir conmigo, es ahora.

Antonio – Vale. (*Se dirigen hacia la salida.*) ¿Dónde vives?

Clara – Aquí al lado. ¿Quieres tomar una copa en mi casa?

Antonio – De acuerdo, pero te advierto que nunca me acuesto en la primera cita.

Clara – Otra vez con los chistes...

Se van juntos. Llega un personaje (hombre o mujer). Vapea un momento antes de dirigirse al público.

Personaje – Este es mi último cigarrillo. Se acabó. Lo dejo. No sé por qué os lo digo. En cualquier caso, mañana tendréis que arreglároslo sin mí. Lo he pensado mucho y al final me he decidido. Nunca es buen momento, ¿verdad? Hay días en que cuesta encontrar una razón para seguir. Pero os aseguro que es aún más difícil parar sin tener un motivo. No sé cómo hacen los que dejan una nota, una carta de dimisión. ¿Qué esperan conseguir, comprensión? Yo me voy en silencio. ¿Qué podría deciros? ¿Qué podríais entender, si ni siquiera entiendo lo que me pasa? La vida ya no me entiende. ¿Y si me respondierais? ¿Qué se le contesta a alguien que ya no está? Me voy sin decir nada. Sin preaviso. Dejo mi sitio. Porque me sustituirán, claro. Y a vosotros también. No os engañéis: entre la multitud, nadie es imprescindible. Cuando te vas, otro ocupa tu lugar. Aquí o en otro sitio. Antes o después. Así es la vida... la vida de los demás. *(Apaga su cigarrillo o guarda el vapedor.)* Si pudiera deciros algo antes de marcharme, sería esto: no os preocupéis, voy a confundirme con la multitud. Ya no estaré aquí. Seré uno más. *(Una pausa.)* No es la muerte. Es tan solo el comienzo de una vida nueva...

El personaje se va.

Llega una mujer, vestida como Mamá Noel. Enciende un cigarrillo o empieza a vapear. Llega un hombre a su vez. Primero ve a la mujer de espaldas y se sorprende un poco por su disfraz de Papá Noel. Está aún más sorprendido cuando la mujer se vuelve y ve que es Mamá Noel.

Hombre – Buenos días...

Mamá Noel – Hola.

Hombre – ¿Tú...?

Mamá Noel – He venido por el árbol de Navidad.

Hombre – ¿El árbol de Navidad...?

Mamá Noel – El árbol de Navidad de la empresa. Imagino que trabajas aquí.

Hombre – Ah, sí, claro... El árbol de Navidad... Ni siquiera sabía que seguían celebrándolo. Con tantas normas sobre la neutralidad religiosa...

Mamá Noel – No tienes hijos...

Hombre – No he tenido tiempo, por desgracia. Quizá dentro de veinte o treinta años... Si el seguro médico de mi empresa me paga la congelación del esperma hasta que me jubile. ¿Y tú...?

Mamá Noel – En años alternos me contrata la comisión de fiestas de la empresa. Soy actriz de teatro y encadeno contratos temporales. Pero ya sabes cómo está la profesión...

Hombre – Claro, hay que ganarse la vida. ¿Y no llevas barba?

Mamá Noel – ¿Preferirías que tuviera barba?

Hombre – No, no... Estás estupenda así. Pero ¿por qué un año de cada dos? ¿Es que para ahorrar solo celebran la Navidad los años impares?

Mamá Noel – Por la paridad.

Hombre – ¿La paridad?

Mamá Noel – Para luchar contra el sexismo, decidieron que un año de cada dos Papá Noel sería una mujer.

Hombre – Ah, sí...

Mamá Noel – Si lo piensas, no hay razón para que solo los actores tengan derecho a ganarse un dinero extra durante las fiestas.

Hombre – Debo admitir que nunca había pensado en eso.

Mamá Noel – Entre las fiestas de empresa, los grandes almacenes y los eventos privados, estas fechas son muy importantes para quienes vivimos del espectáculo. El año pasado, gracias a esos trabajos, pude mantener mi condición de artista profesional.

Hombre – ¿Como Mamá Noel?

Mamá Noel – ¡Como actriz!

Hombre – Claro...

El hombre comienza a vapear también.

Hombre – ¿Tienes hijos?

Mamá Noel – Miles.

Hombre – ¿Un fallo al descongelar tus óvulos, quizá?

Mamá Noel – ¡Soy Mamá Noel! Todos los niños son mis hijos.

Hombre – De acuerdo...

Fuman un instante.

Hombre – ¿Y hay un Papá Noel?

Mamá Noel – No me digas que a tu edad sigues haciéndote esa pregunta...

Hombre – Quiero decir, si al llegar a casa hay un Papá Noel esperándote en su cabaña, con quien compartes las tareas domésticas según las normas más estrictas de igualdad.

Mamá Noel – Pues no. Ya que tanto te interesa, nadie me espera abajo con un trineo. Para mí, Papá Noel no existe...

Hombre – Qué curioso: la primera vez que me dijeron eso me llevé un disgusto. Hoy empieza a parecerme una buena noticia...

Mamá Noel apaga el cigarrillo o guarda el vapedor.

Mamá Noel – Tengo que volver a decorar el árbol. Y luego me espera una hora de tren hasta casa...

Hombre – Mi coche está abajo. Yo también tengo que terminar una cosa y me voy. Si quieres, te llevo. Me pillas de camino.

Mamá Noel – Pero si todavía no te he dicho dónde vivo.

Hombre – Y aun así sé que me pillas de camino.

Mamá Noel – La magia de la Navidad...

Salen juntos. Música a elección. Todo el reparto vuelve al escenario como si fueran muertos vivientes, para una coreografía inspirada en «Thriller», de Michael Jackson, al estilo de un baile colectivo improvisado.

FIN

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el [formulario de contacto disponible en sus sitios web](#).

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

<https://jeanpierremartinezmusic.com/>

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Julio de 2024

ISBN 978-2-38602-233-3

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.